

SAMUEL RAPAPORT

CUENTOS Y MÁXIMAS  
DEL MIDRASH



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en [www.edicionesobelisco.com](http://www.edicionesobelisco.com)

**Colección Cábala y Judaísmo**  
CUENTOS Y MÁXIMAS DEL MIDRASH  
*Samuel Rapaport*

1.ª edición: enero de 2026

Título original: *Tales and maxims from the Midrash*

Traducción: *Juli Peradejordi*  
Maquetación: *Isabel Also*

© 2026, Ediciones Obelisco, S. L.  
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.  
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida  
08191 Rubí - Barcelona - España  
Tel. 93 309 85 25  
E-mail: [info@edicionesobelisco.com](mailto:info@edicionesobelisco.com)

ISBN: 978-84-1172-361-9  
DL B 19201-2025

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.  
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

*Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# ÍNDICE

Introducción .....	7
Alejandro Magno .....	13
Demonios .....	25
Asmodeo, rey de los demonios.....	31
El Mesías.....	43
Génesis Rabbah.....	55
Éxodo Rabbah.....	83
Levítico Rabbah .....	103
Números Rabbah .....	119
Deuteronomio Rabbah.....	135
Midrash Rut.....	147
Midrash Cantar de los Cantares.....	153
Midrash Eclesiastés.....	161
Midrash Lamentaciones.....	171
Midrash Ester.....	177
Midrash Salmos.....	181
Midrash Proverbios .....	193
Midrash Samuel .....	197
Midrash Tanjuma (o Yelamdenu).....	201

## INTRODUCCIÓN

Así como la Ley Escrita anunciada por Moisés emana de Dios, aunque Él mismo sólo proclamó los dos primeros mandamientos del Decálogo, debido a que los israelitas estaban demasiado aterrados como para oír la voz de Dios (Dt 20, 19), y el resto de la Torah fue transmitido al pueblo de Israel por medio de Moisés, así también recibió Moisés la Ley Oral, la cual no se le permitió poner por escrito. Esta Ley Oral debía ser enseñada junto a la Ley Escrita, y de este modo la primera se convirtió en un desarrollo y secuela de la segunda.

Esto, dice el Midrash,<sup>1</sup> es lo que significan las palabras: «Solamente guárdate y guarda tu alma con diligencia, para que no te olvides de las palabras (דברים, que significa tanto «palabras» como «cosas») que tus ojos han visto, ni se aparten de tu corazón todos los días de tu vida» (Dt 4, 9). «Las palabras que tus ojos han visto» se refiere a las palabras escritas que pueden verse, y «ni se aparten de tu corazón» se refiere a la Ley Oral, palabras guardadas en la memoria, en el corazón.

Desde tiempos inmemoriales, durante la época de los profetas e incluso antes, los israelitas establecieron escuelas o asambleas para la enseñanza de la Torah. En los lugares de culto siempre había escuelas anexas donde se enseñaba religión, se leía la Torah y se explicaba exegéticamente. Siempre que se leía un fragmento de las Escrituras, se hacía una דרש (*drash*, una indagación minuciosa) del significado de cada frase, con explicaciones basadas en la Ley Oral. Esto no sólo ocurría en *sabbat* y festividades, sino también en los días laborables, espe-

---

1. Éxodo Rabbah, 46, 1-6 y 12.

cialmente los lunes y jueves, cuando se leía una parte de la Torah, una práctica cuyo establecimiento se atribuye comúnmente a Esdras.<sup>2</sup> Más tarde –probablemente en tiempos de los Macabeos– también se introdujo la lectura de los profetas.

Las disertaciones y exposiciones que se realizaban se conocían como מדרש (Midrash), y este término se aplicaba originalmente tanto a la הלכה (Halajah) como a la אגדה (Agadah).

Los sermones, disertaciones y exposiciones de cualquier tipo –ya fueran exegéticas, homiléticas o éticas– se exponían siempre oralmente, pero luego se reproducían por escrito. Se asumía que el público tenía conocimientos de las Escrituras, ya que el estudio de la Ley era considerado uno de los más altos deberes religiosos. Había una gran preocupación por parte de estos maestros de que no se añadiera nada a la Ley Escrita, conocida como los עשרים וארבע (canon de los veinticuatro libros).

Existe una línea divisoria entre הלכה (Halajah) y אגדה (Agadah) que con el tiempo separó a unos textos y otros, aunque el primero contiene ocasionalmente algo del segundo, y viceversa. Halajah,<sup>3</sup> palabra derivada de הלך (ir, caminar), es un término que comprende las leyes que regulan la conducta del hombre en la vida, es decir, el cumplimiento de sus deberes religiosos. La traducción aramea del Targum de Onquelos (Ex 21, 9) ofrece הלכה como equivalente de משפט. La Halajah, cuando se decidía por mayoría en la escuela, se volvía incontrovertible, una ley que no podía ser refutada; y cualquiera que intentara impugnarla, sin importar su reputación por piedad o erudición, era excomulgado. Así, encontramos figuras prominentes entre los rabinos, como Eleazar ben Janoj, que, habiendo cuestionado la «pureza» de la Halajah, fue puesto bajo anatema para el resto de su vida, y, tras su muerte, se lanzó una piedra sobre su ataúd, ya que había muerto bajo sentencia. Akabia ben Mahalalel fue excomulgado por no aceptar la decisión de la mayoría en cuatro cuestiones, y también Rabbí Eliezer

---

2. Baba Kamma, 82.

3. En la Mejilta, Sifrá y Sifré, la Halajah y la Agadah van juntas.

ben Horkynas fue puesto bajo anatema por no reconocer la decisión de la mayoría sobre ciertos puntos. Los nombres de las autoridades en la Halajah siempre se conservaron.

La Agadah, en cambio, es una interpretación libre de las Escrituras, como su nombre mismo implica: «Se dijo». Sus afirmaciones no eran incontrovertibles ni definitivas. Por un lado, hubo una fuerte oposición a la Agadah; pero, por otro lado, era muy estimada por la mayoría, y no todos eran considerados aptos para interpretarla. Incluso Rabbí Akiva recibió una leve reprimenda cuando intentó adentrarse en las profundidades de este método de enseñanza.<sup>4</sup> Con el tiempo surgió el dicho: «Si deseas encontrar la grandeza del Creador, estudia la Agadah». Los nombres de los maestros del Agadah no siempre eran mencionados, aunque algunos rabinos eran conocidos por poseer un admirable dominio de esta rama de la instrucción religiosa, como los rabinos Abbahu, Ishmael, Eliezer ben Azariah, Eliezer ben Rabbí José el Galileo, y otros, y eran conocidos como los rabinos de la Agadah.

La Agadah, cuyas enseñanzas están recopiladas en diversos Midrashim y que fue fuente de algunos de los libros apócrifos, fue escrita en la época de los Tanaítas y, por lo tanto, antes que la Halajah, que fue recopilada por la escuela de Rav Ashé.

Aunque la Agadah sólo busca cierto margen de libertad para expresar sus propias enseñanzas e interpretación de la Escritura y no pretende invadir el dominio de la Halajah, ocasionalmente trata puntos legales. Es la exégesis más antigua de las Escrituras y contiene en sus enseñanzas elevadas, sermones, oraciones, homilías, relatos históricos, exhortaciones, admoniciones y consolaciones, comunicados frecuentemente mediante alegorías, leyendas, parábolas y símiles.

Ya desde la época de Esdras existen muchas instituciones dedicadas a la difusión de este tipo de enseñanza por parte de los escribas y sacerdotes. Conformaba entonces el elemento vital de la moralidad nacional. Cuando los escribas reemplazaron a los profetas, su interpretación

---

4. Sanhedrín 16/11.

y exposición de las Escrituras también ocupó el lugar de las declaraciones proféticas. En tiempos de prosperidad, la Halajah<sup>5</sup> era el texto preferido del pueblo, pero en tiempos de adversidad preferían acudir a exposiciones agádicas, que contenían, entre otras cosas, palabras de consuelo y esperanza, que infundían fe en Dios y esperanza en su ayuda y protección.

En una ocasión, Rabbí Abbahu y Rabbí Janina ben Abbé estaban dando discursos al mismo tiempo; el primero predicaba sobre Agadah y el segundo sobre Halajah. La audiencia de Rabbí Janina, al oír del discurso agádico de Rabbí Abbahu, abandonó bruscamente al primero para ir a escuchar al segundo. Este sabio gentil, que se distinguía por su humildad y piedad, apesadumbrado por la desconsideración para con su compañero, de la cual él era causa inocente e involuntaria, fue a ver a Rabbí Janina y trató de aliviar su pena. «No es de extrañar», dijo, «que la gente venga a oírme a mí en lugar de desear tus palabras. ¿No encontramos esta necedad en casi todos los ámbitos de la vida? Un hombre que ofrezca a la venta baratijas llamativas encontrará muchos más compradores que aquel que ofrece perlas escogidas y piedras preciosas».<sup>6</sup> Los rabinos sabían bien cómo hacer sus discursos agádicos lo más atractivos posible y despertar a su audiencia de su letargo cuando la ocasión lo requería. Un recurso era usar palabras extranjeras –latinas, griegas o persas– para generar preguntas y mayor interés, y la Agadah era tan conocida por sus palabras extranjeras, que si en la Mishnah se encontraba una palabra de significado dudoso, se recurría a la Agadah escrita para su elucidación.<sup>7</sup>

Rabbí Akiva, una vez, cuando encontró a su audiencia somnolienta y poco atenta, utilizó el siguiente recurso: «¿Qué», preguntó, «indujo a Ester a reinar sobre 127 provincias?». La pregunta de inmediato despertó la atención de toda la asamblea, que esperaba alguna vaporosa solución aritmética, que el rabino no tenía intención alguna de utilizar.

---

5. Midrash Cantar de los Cantares 2/14.

6. Sotá 40.

7. Génesis Rabbah 58. 3.

Pero, al ver que su recurso había surtido efecto y ahora tenía la atención del público, respondió diciendo que «era apropiado que la descendiente de Sara, que vivió 127 años, reinara sobre 127 provincias».<sup>8</sup>

Rabbí Judea Hanasi también recurrió a dichos enigmáticos: «Conozco a una mujer», dijo, «que dio a luz a 600 000 hijos de una sola vez». Esto bastó para avivar la curiosidad de su congregación, que estaba deprimida y abatida por los estragos causados por el despiadado Adriano. Al ver que la asamblea estaba completamente desconcertada ante tal hecho maravilloso, Rabbí Ishmael ben José explicó que esa mujer no era otra que Jocabed, la madre de Moisés, quien no sólo encarnaba una fuerza inmensa por sí misma, sino que además liberó a 600 000 hombres de la esclavitud.<sup>9</sup>

Algunos rabinos escribían sus notas sobre las Escrituras según se les ocurrían. Rabbí Meir, que era un escriba hábil y escribió un rollo del Pentateuco para su uso personal, se dice que anotaba en sus márgenes comentarios breves para sus disertaciones. Muchas enseñanzas de la Agadah, entre otros, se desarrollaron en la escuela de Yavné, o Jamnia, concedida por Vespasiano a Rabbí Iojanán ben Zakkai, último discípulo de Hilel, y a sus amigos, así como a los descendientes de Gamliel. Este verdadero astro guía de la religión judía estableció su escuela allí, y así el lugar se convirtió en una nueva Jerusalén y en la nueva sede de una asamblea altamente erudita.<sup>10</sup> De los escritos midrásicos del período entre los Hasmoneos y Adriano, un período de unos trescientos años, sólo poseemos fragmentos, aunque puede decirse que ese período allanó el camino desde el Canon bíblico hasta el de la tradición.

Lo que se conoce como la Nueva Agadah tuvo su auge, en su mayoría, entre los siglos I al XV. La reapertura de las escuelas en Palestina en el año 520 d. C. y en Babilonia en el año 589 d. C. dio lugar al Midrash Rabbah sobre Génesis, seguido por el de Levítico, luego Éxodo y Deuteronomio, siendo Números el último de los cinco libros. De

---

8. Midrash Cantar de los Cantares 1. 27.

9. Midrash Eclesiastés 4 y Lamentaciones 1.

10. Véase *Geschichte des Judenthums und seine Sekten*, vol. II, pág. 13, del Dr. Yost.

los Midrashim que comentan los cinco Meguilot, el de Lamentaciones fue el primero en componerse, y el de Eclesiastés, el último.

El Midrash Tanjuma, o Yelamdenu, fue muy probablemente escrito en el último siglo de los Gueonim en Italia, alrededor del siglo IX. Estos Gueonim estaban en constante comunicación con Palestina. Al Tanjuma le siguió el Midrash שוחר טוב sobre los Salmos, el Midrash sobre Proverbios y sobre Samuel.

No pretendo haber explorado para esta pequeña obra –que comencé en mi año número sesenta y nueve y espero ver publicada antes de mi cumpleaños número setenta– el Midrash en toda su extensión. Ni siquiera he abordado el Pesikta (el más antiguo de todos los Midrashim), Mejilta, Yalkut, Sifra o Sifré; sino que me he limitado a unas novecientas citas tomadas de los siguientes Midrashim: el Rabbah sobre los cinco libros de Moisés y las cinco Meguilot, el Tanjuma sobre el Pentateuco, y el Midrash sobre Salmos, Proverbios y Samuel.

Además, aunque aquí y allá me he atrevido a «vestir» los meros «huesos secos» de las simples citas con una o dos palabras mías, según la –débil– luz que hay en mí, me he limitado principalmente a citar los textos. Espero que el oro que el lector inteligente no tardará en descubrir en esta senda poco transitada del asombroso mundo de la literatura rabínica sirva de aliento para su exploración. Quien se adentre en ella hallará, como diría un minero, una fuente inagotable de oro. Adquirir un «derecho de explotación» en este ámbito puede no asegurar una residencia en Park Lane, pero sí garantizará un lugar en los mundos imperecederos. Todo el ámbito del código moral está representado en el Midrash; y no hay punto, ya sea sobre la prudencia, la experiencia vital o la sabiduría del mundo, que el Midrash haya dejado sin tratar.

## ALEJANDRO MAGNO

El gran conquistador Alejandro Magno, hijo de Filipo, quien, a instigación de los persas, fue asesinado por Pausanias, mostró ya desde pequeño una gran sed de conquista. Cuando oyó hablar acerca de las conquistas de su padre, lloró amargamente y se quejó de que para cuando él asumiera el trono, quedaría muy poco por conquistar. Tenía apenas veinte años cuando ascendió al trono, pero supo bien cómo hacer sentir su poder en el territorio. Pronto conquistó a los tracios, así como a los rebeldes tebanos, y sus cualidades heroicas se desarrollaron tan rápidamente que fue designado por los griegos como jefe militar en sus guerras contra los persas. Un éxito ininterrumpido acompañó todas sus batallas y de no haber muerto a una edad relativamente temprana, probablemente habría conquistado lo que entonces era considerado el mundo entero. Su victoria sobre el general persa Memnón, en el río Gránico, al noroeste de Asia Menor, le abrió el camino hacia el interior de Asia. No tardó en aprovechar la oportunidad, y avanzó rápidamente por los estados de Asia Menor, a través de Lidia e Ionia hasta Panfilia. En esta última, cerca de Isos, obtuvo una brillante victoria sobre Darío III, también conocido como Codomano, quien por poco escapó de la muerte y dejó en manos del conquistador a su madre, su esposa y sus hijos.

El héroe macedonio, con sus tropas embriagadas por victoria tras victoria, entró entonces en Siria, no tanto en persecución de Darío como con la intención de ampliar sus conquistas.

Tomó Damasco y Sidón, y atacó Tiro, con el propósito de hacerse también dueño del mar.

Esa ciudad, sin embargo, al estar fuertemente fortificada y protegida por una de las costas, ofreció una tenaz resistencia, y Alejandro se vio obligado a emprender un largo asedio. Para evitar cualquier incidente durante el asedio, Alejandro deseaba asegurar la neutralidad del estado vecino.

Por ello envió un mensaje a Jerusalén, con una carta al Sumo Sacerdote de Judea con las siguientes peticiones: primero, que le suministraran tropas; segundo, que se permitiera el libre tránsito del ejército macedonio en Jerusalén; y tercero, que se le prestara toda ayuda posible, tal como se le había otorgado a Darío. También se insinuaba que al Sumo Sacerdote le convenía considerar de mayor valor la amistad y el favor del vencedor que la del vencido.

La carta expresaba, además, la expectativa de Alejandro de que estas modestas peticiones fueran concedidas y aseguraba a los judíos que no tendrían motivo para lamentar su cumplimiento. Los judíos no podían ignorar que les sería muy ventajoso llevarse bien con este célebre héroe y que el derrotado Darío no tenía ya poder ni para beneficiarlos ni para perjudicarlos. Sin embargo, no sentían justificado el abandonar de repente a los persas. El Sumo Sacerdote redactó entonces una respuesta semejante a la siguiente:

*El reconocimiento y la alta estima son, merecidos para tan glorioso héroe. Sin embargo, por el momento los judíos de Jerusalén no pueden cumplir sus deseos, por las siguientes razones: los judíos hemos prometido nuestra lealtad, bajo juramento, a Darío. Mientras este príncipe viva, el juramento sigue teniendo fuerza y los judíos no podrían cometer un pecado tan grave que el perjurio deliberado, pues uno de los mandamientos que Dios nos ha confiado dice: «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano, porque el Señor no tendrá por inocente al que tomare su nombre en vano».*

El Sumo Sacerdote mencionó en la carta ejemplos como el de Sedequías, el último rey de Judea, que fue desleal al gobernante babilónico, a pesar de su juramento de lealtad, y provocó la ruina tanto para sí mismo como para Judea. Señaló, además, que la enseñanza de Moisés

nos muestra que el Dios de Israel es un Dios de la Verdad, que la traición y la falsedad traen desgracia sobre quienes las practican, y que es deber de todo verdadero seguidor de la enseñanza de Moisés evitar toda mentira y duplicidad.

Alejandro quizás se habría dado por satisfecho con la explicación ofrecida por el Sumo Sacerdote de Judea, de no haber sido por los samaritanos, quienes, aunque practicaban toda clase de idolatrías, al mismo tiempo deseaban unirse a los judíos y ser considerados parte de su pueblo. Cuando los judíos los repudiaron, buscaron establecer un templo propio, a imitación del Templo de Jerusalén. Manasés, hermano de Judá, al haber contraído matrimonio con una mujer samaritana, hija de un gobernador samaritano, fue privado de su cargo como sacerdote del Templo, y, naturalmente, esto aumentó su deseo de establecer un templo rival, donde pudiera ejercer sus funciones sacerdotales. Los samaritanos, por tanto, hicieron todo lo posible por poner a Alejandro en contra de los judíos y obtener su aprobación para la construcción de un templo en el monte Gerizim.

Sanbalat, gobernador de Samaria y suegro de Manasés, el sacerdote expulsado, solicitó audiencia con Alejandro y aprovechó la oportunidad para dar su versión de los motivos del Sumo Sacerdote de Judea de rechazar las peticiones de Alejandro. Afirmó que la lealtad a Darío no era el verdadero motivo de la negativa, pues los judíos, dijo, no conocían la lealtad, sino que, por el contrario, si tuvieran el poder, derrocarían cualquier trono que no estuviera ocupado por uno de los suyos. Dijo que estaban dominados por los sacerdotes y que, aunque alguno de ellos quisiera unirse al ejército de Alejandro, de todos modos no se atrevería a hacerlo, pues eso comportaría su exclusión del servicio del Templo, lo cual para ellos significaba la muerte moral. Si Alejandro Magno aseguraba una alternativa al Templo de Jerusalén mediante la aprobación del Templo rival que los samaritanos deseaban construir, eso atraería a muchos de Jerusalén hacia el nuevo Templo; luego, los recién llegados, al no temer ya la exclusión del servicio del Templo de Jerusalén, se unirían con gusto a los samaritanos bajo la bandera del gran conquistador Alejandro.

No es de extrañar que el conquistador macedonio quedara bastante impresionado con esta versión tan convincente de la situación, especialmente cuando los samaritanos, como muestra de aceptación y adhesión al nuevo orden, desertaron en masa del bando del derrotado Darío y se pasaron al ejército de Alejandro.

Se concedió entonces el permiso deseado para la construcción del Templo en el monte Gerizim y se empezó la construcción. Poco después, sin embargo, el gobernador, que era un hombre de edad avanzada, murió. Tiro ya no pudo resistir el severo asedio y, como predijo el profeta (Is 27), capituló. Se produjo una matanza y una devastación indescriptibles dentro de sus muros; la ciudad fue reducida a ruinas y sus héroes fueron masacrados o convertidos en esclavos.

Alejandro volvió entonces su atención al castigo de los judíos y partió con su ejército invicto hacia Jerusalén. Cuando la noticia del acercamiento de Alejandro y su formidable ejército llegó a Jerusalén, cundió el pánico y la desesperación se apoderó de todos los habitantes. Los judíos buscaron refugio, como siempre, en su religión; la oración, el ayuno, el cilicio y la ceniza eran la norma, día tras día. La confesión de pecados y el arrepentimiento eran practicados a diario por casi todos. Cuando Alejandro se encontraba ya a sólo un día de distancia de Jerusalén, el Sumo Sacerdote y los ancianos del Templo hicieron adornar hermosamente las calles de la ciudad, tanto los edificios públicos como las residencias privadas fueron magníficamente decoradas y ordenaron a los habitantes que formaran, con sus atuendos festivos, dos hileras en las calles, una frente a la otra. Las puertas de la ciudad fueron engalanadas con guirnaldas de las flores más delicadas y se erigieron arcos de triunfo. Los sacerdotes, los levitas y los ancianos, encabezados por el venerable Sumo Sacerdote de Judea, ataviado al completo con sus ropas sacerdotales, salieron, al atardecer, al encuentro de Alejandro en la entrada de la ciudad, portando antorchas y velas en las manos. La asamblea entera brillaba de forma tal que eclipsaba el esplendor del mediodía de un magnífico día de verano.

Poco después de que se dispusieran en la entrada, Alejandro llegó al frente de su ejército. Quedó completamente asombrado y abrumado

ante la grandiosa e imponente asamblea que había salido a recibirlo. Al ver al Sumo Sacerdote, que en sus vestiduras parecía un ángel, Alejandro desmontó y, como por un instinto, se inclinó reverentemente y proclamó en voz alta: «bendito sea el Dios cuyo siervo eres». Su ejército, sin embargo, que había esperado encontrar un botín y no el espectáculo que tenía ante sus ojos, apenas pudo disimular su desconcierto ante aquel giro inesperado de los acontecimientos. Apenas podían creer lo que sus ojos veían: que su orgulloso monarca inclinaba la cabeza con humildad y reverencia ante el Sumo Sacerdote. Uno de los oficiales de confianza de Alejandro –de hecho, uno de sus favoritos–, que se llamaba Parmenión, se atrevió por fin a preguntar al rey por qué él, el orgulloso conquistador, mostraba tal honor y deferencia hacia el sacerdote judío.

«Escucha, entonces», respondió Alejandro, «y te contaré una experiencia maravillosa. Cuando aún estaba en Macedonia, muchas veces me quedaba despierto por las noches, cuando todo estaba en reposo, pensando en un plan para conquistar Asia. Una noche, cuando mis pensamientos estaban especialmente ocupados en este querido proyecto mío, caí, agotado por la tensión mental, en un profundo sueño, y vi en una visión a un hombre imponente de pie ante mí. Su sola presencia me infundió valor y esperanza y, como si leyera mis pensamientos, me aconsejó cruzar las fronteras de Grecia sin demora, y me aseguró el éxito de mi empresa. Aquella visión no fue un mito, ni una pesadilla, ni una fantasía de un cerebro febril; pues no sólo desde entonces no he conocido sino victorias, sino que, en este venerable siervo del Dios judío, en su porte y en su atuendo, veo nada menos que al hombre de mi visión. ¿No habré de reverenciar entonces al hombre que fue mensajero de su Dios para guiarme hacia la victoria? Estoy totalmente convencido de que mi destino es derrotar a Darío, de que para tal propósito fui llamado a emprender esta empresa y de que la aparición de este hombre santo anuncia el éxito completo».

Tras esta explicación, Alejandro entró en Jerusalén acompañado por los dignatarios judíos que habían salido a su encuentro. Fue recibido y aclamado por todo el pueblo. Su primera solicitud fue ser llevado

al Templo, donde preguntó ansiosamente acerca de las ceremonias, los sacrificios y la manera en que se realizaban los servicios.

Su curiosidad fue satisfecha con gusto y el Sumo Sacerdote dirigió su atención también al pasaje de Daniel 8, 5, donde se predice que un gobernante griego –término que el Sumo Sacerdote aplicó a Alejandro– derrocaría el reino persa, y Alejandro quedó sumamente complacido con todo lo que vio y oyó. Al día siguiente, el héroe macedonio convocó a todos los sacerdotes y ancianos y les pidió que le expresaran libremente sus deseos, en señal de su gran satisfacción por la recepción que le habían ofrecido y como muestra de su alta estima por sus servicios y organización. El Sumo Sacerdote, que actuó como portavoz, pidió a Su Majestad que se les concediera el libre ejercicio de sus ritos religiosos y que se les eximiera del pago de impuestos en el año sabático, cuando, según la ley de Moisés, no se permitían labores agrícolas y, por lo tanto, no se obtenían ingresos de sus tierras. Esto fue concedido de inmediato, pero Alejandro notó en el comportamiento del portavoz que había algún otro favor que deseaba obtener, aunque el buen hombre se mostraba reacio a mencionarlo. Le pidió entonces que le presentara todos sus deseos. El Sumo Sacerdote se atrevió a pedir que el gran monarca extendiera su permiso para la práctica religiosa de sus súbditos judíos a todas las demás partes de sus vastos dominios, como Babilonia y Media, y esto también fue concedido con agrado por el gran Alejandro.

A solicitud expresa del guerrero macedonio, un gran número de los más valientes judíos se unieron a su ejército y él les permitió continuar con sus prácticas religiosas en el campamento. Como favor adicional, Alejandro pidió que se colocara su retrato en el Templo. Se le hizo ver que a los judíos les estaba estrictamente prohibido tener imágenes o retratos de ninguna clase en sus lugares de culto, así que, en lugar de eso, se le sugirió: primero, que todos los niños varones nacidos ese año en Jerusalén fueran llamados Alejandro; y segundo, que los judíos adoptaran una nueva era llamada «Era de Alejandro». Esa era debía comenzar el 1 de octubre del año 312 antes de la era cristiana. Esta sugerencia fue aprobada por Alejandro. De este modo, hasta el siglo XI

de la era cristiana, este sistema de cómputo de años estuvo en vigor y fue conocido como la «Era de los Documentos».<sup>1</sup>

La entrada de Alejandro en Jerusalén marcó el inicio de una mejora considerable de la situación de los judíos.<sup>2</sup> Los samaritanos recurrieron a toda clase de maniobras para ser reconocidos como judíos por el héroe macedonio, a fin de gozar de los privilegios otorgados a estos últimos, pero no lograron convencer a Alejandro, que recordaba sus intentos de predisponerlo contra los judíos y de convencerle de que eran parte del mismo pueblo. «Si realmente son judíos», les preguntó, «¿cómo es que no se les conoce por ese nombre?» «Lo somos», insistieron, «descendemos del patriarca Jacob, y el Dios de Israel es nuestro Dios; pero los sidonios nos llaman samaritanos, y también se nos conoce como siquemitas, por nuestra capital, Siquem».

Alejandro no quedó satisfecho con la respuesta y les dijo que no podía reconocerlos como judíos y que sólo a estos últimos había concedido los privilegios que los samaritanos buscaban obtener. Les pidió dejar reposar el asunto hasta su regreso del largo viaje que estaba por emprender, momento en el que investigaría a fondo su reclamación y haría justicia. Los samaritanos quedaron insatisfechos con el trato recibido, se rebelaron y quemaron al gobernador Andrómacos en su propio palacio. La ira de Alejandro por esto fue inmensa; regresó, ejecutó a los cabecillas, exilió a varios samaritanos a Egipto, donde formaron una colonia en la Tebaida y entregó a muchos de ellos a los judíos como esclavos, como recompensa por su lealtad comprobada.

Alejandro Magno, conviene recordarlo, no fue un simple guerrero rudo cuya formación se hubiera limitado al campo de batalla, pues tenía un vasto dominio en arte y ciencia. Desde los trece hasta los dieciocho años fue discípulo de Aristóteles, quien lo guió en todas las ramas del saber y le inculcó amor por las obras de Homero, que de hecho

---

1. Véase *Erej Millin* de Rapaport, pág. 73.

2. Hay una discrepancia en las fechas mencionadas en el Talmud. En Taanit se indica como el 21 de Kislev, y en Yoma 69 como el 28 de Tevet.

Alejandro llevaba siempre consigo. Por ello, naturalmente, disfrutaba dialogando con los hombres sabios y eruditos de cada lugar que visitaba. Al llegar al sur, lo primero que hizo fue convocar a los hombres distinguidos por su sabiduría. A ellos les planteó las siguientes diez preguntas: 1. ¿Qué distancia es mayor: la de la Tierra al cielo o la de oriente a occidente? Respuesta: la de oriente a occidente, porque cuando el Sol está en el este o en el oeste, es visible en la mitad de cada hemisferio; pero cuando está en el centro del cielo, no es visible en todas partes. Por lo tanto, debe estar más alto en el primer caso; 2. ¿Qué fue creado primero: el cielo o la Tierra? Respuesta: Dios claramente creó primero el cielo, como está escrito: «En el principio creó Dios los Cielos y la Tierra»; 3. ¿Quién es verdaderamente sabio? Respuesta: aquel que puede prever el resultado de sus actos; 4. ¿Quién es verdaderamente fuerte? Respuesta: aquel que puede dominar sus pasiones; 5. ¿Quién puede considerarse verdaderamente rico? Respuesta: quien está satisfecho con lo que tiene; 6. ¿Cómo puede el hombre alcanzar la verdadera vida? Respuesta: apagando sus pasiones; 7. ¿Qué acelera la muerte del hombre? Respuesta: la entrega a los placeres terrenales; 8. ¿Cómo puede el hombre ganarse el amor de sus semejantes? Respuesta: no buscando el dominio sobre ellos. Alejandro se sintió tocado por esta respuesta y dijo: «No comparto su opinión. Mi idea es que, para ganarse el amor de los hombres, hay que adquirir poder y usarlo con sabiduría»; 9. ¿Qué morada es más agradable: la tierra firme o el mar? Respuesta: la tierra firme, pues los marinos no se sienten felices hasta que regresan a tierra; 10. ¿Quién entre ustedes es considerado el más sabio? Respuesta: no podemos dar preferencia a uno solo, pues como habrás notado, nuestras respuestas fueron unánimes y simultáneas.

Alejandro continuó discutiendo con los sabios. «¿Por qué», preguntó, «rechazan tanto el paganismo, siendo que los paganos los superan en número?». Respuesta: «Es precisamente la multitud la que suele perder de vista la verdad; sólo a unos pocos les es dado percibir y comprender la verdad pura». «Pero», continuó, «yo podría destruirlos a todos». Respuesta: «Sin duda tienes el poder para hacerlo, pero no tememos eso, ya que hemos recibido tu promesa de protección». En-

tonces los consultó sobre el viaje a África que había planeado. Los sabios respondieron: «No puedes llegar, pues se encuentra más allá de montañas oscuras, intransitables para el hombre». Alejandro, molesto, dijo: «No he preguntado si podré atravesarlas. Mi decisión está tomada y nada detendrá mi voluntad. Sólo quiero saber cuál es el mejor medio para emprender esta expedición». Los sabios le aconsejaron, entre otras cosas, conseguir ciertos animales de tiro de Libia capaces de ver en la oscuridad.

El rey, tras tomar todas las medidas necesarias, emprendió el viaje a África. Llegó a un lugar llamado la tierra de las Amazonas, poblado sólo por mujeres, a quienes declaró la guerra. Las mujeres le enviaron un mensaje diciéndole que una guerra contra ellas sólo podría ser deshonrosa, ya que, si él resultaba victorioso, vencer a mujeres no le traería ni fama ni honor; mientras que, si ellas ganaban, sin duda eso lo cubriría de vergüenza. Alejandro reconoció la sabiduría de su razonamiento y renunció al ataque, pero pidió pan. Las mujeres le trajeron oro en forma de pan. El rey, asombrado, dijo: «¿Acaso usan este metal como pan?». Ellas respondieron: «¿No tienes pan en tu tierra? ¿Acaso has venido hasta aquí por pan?». Alejandro partió, pero antes escribió en la puerta de la ciudad: «Yo, Alejandro de Macedonia, he sido un necio hasta llegar a esta puerta, donde de las mujeres he adquirido sabiduría».

Luego llegó a Katzia, donde también lo recibieron con oro. «No quiero vuestro oro», dijo al jefe del lugar. «¿Y entonces a qué has venido desde tan lejos?», preguntó el otro. «He venido», respondió Alejandro, «a conocer sus costumbres, especialmente su administración de justicia».

Allí se desarrollaba entonces un caso notable: un hombre que había comprado una casa encontró un tesoro en ella y lo devolvió al vendedor, diciendo que había comprado sólo la casa, no lo que hubiera dentro. El otro se negó a aceptarlo, argumentando que lo vendido incluía todo. El juez falló que el hijo del comprador debía casarse con la hija del vendedor y que ambos recibieran el tesoro como dote. Alejandro, asombrado y complacido, fue preguntado cómo se resolvería tal caso

en su tierra. «El tesoro sería confiscado por la Corona y ambos reclamantes serían ejecutados por atreverse a disputarlo». «¿Y también tienen ustedes sol y lluvia?», replicó el juez. «Sí», respondió Alejandro. «¿Y animales y aves?» «Claro», aseguró Alejandro. «Entonces deben ser sólo para esas criaturas, pues ustedes, los humanos, por su perversidad, no son dignos de tales bendiciones».

Un día llegaron a un río y, mientras los sirvientes de Alejandro lavaban en sus aguas la sal de los pescados que llevaban para su augusto señor, vieron que los peces revivían. Al comunicarle este hecho asombroso, Alejandro decidió buscar la fuente de aquel río. Continuó buscando hasta que finalmente encontró una puerta, ante la cual pidió ser admitido. La respuesta que recibió fue: «Ésta es la puerta del Señor; por ella entrarán los justos», y concluyó que debía tratarse de la puerta al Paraíso. Como todos sus ruegos no le consiguieron la entrada, pidió al menos que le dieran algún objeto del lugar como señal de que había llegado hasta allí. Entonces le entregaron una pieza de oro con forma de ojo humano y, al ponerlo en la balanza para comprobar su peso, descubrió que, por mucho peso que pusiera en el platillo opuesto, no lograba inclinar la balanza. Cuando volvió a encontrarse con los rabinos, les pidió que resolvieran aquel enigma. Ellos le dijeron que colocara un poco de tierra sobre el ojo y entonces su peso desaparecería. Le explicaron que ese ojo era una representación perfecta del ojo humano, que —como dice el sabio rey en Proverbios 27— nunca se sacia, hasta que se le cubre de tierra —es decir, en la muerte— y entonces cesa su hambre insaciable.<sup>3</sup>

Alejandro regresó de sus aventuras, fue a Egipto y fundó la ciudad de Alejandría. Deseaba que los judíos, a quienes estimaba por su lealtad y valentía, se establecieran allí. Pero algunas tribus africanas y

---

3. Esta alegoría se aplicaba de manera notable a la carrera y carácter de Alejandro. Por extensas que fueran sus conquistas, anhelaba siempre más y nunca estaba satisfecho, ni siquiera después del saqueo de Asia, ni tras recibir, como consecuencia de sus grandes conquistas, el apelativo de «el Grande». Pero con su muerte, su grandeza y la de su país cesaron; los monstruosos dominios fueron divididos, y ninguno de sus descendientes ascendió al trono.

descendientes de Ismael reclamaron Palestina: los primeros, por ser descendientes de Canaán (Nm 34, 2); los segundos, por ser nietos de Abraham (Gn 25, 13). Los egipcios también la reclamaron, basándose en Éxodo 12, 36. Alejandro convocó a los ancianos judíos. Ellos eligieron a Gebeja ben Psisá como su defensor. Éste se dirigió a los demandantes y respondió: «Ya habéis todos basado vuestros reclamos en la Escritura; ahora yo también argumentaré en vuestra contra a partir de los libros de Moisés, nuestro legislador. En cuanto a los cananeos, está escrito en Génesis 9, 25 que Canaán fue maldecido y hecho siervo de sus hermanos. Un esclavo no puede poseer propiedades propias. Respecto a la demanda de los ismaelitas, encontramos también en las mismas fuentes (Gn 25, 5) que Abraham entregó todos sus bienes a Isaac y que a los hijos de sus concubinas les dio regalos y los envió lejos de su hijo Isaac. En cuanto a los reclamos de los egipcios, nosotros tenemos una contrademanda que hacer. El segundo libro de Moisés menciona que el tiempo de servidumbre forzada del pueblo judío en Egipto fue de 430 años. Estamos completamente dispuestos a devolver el valor de lo que nos llevamos de Egipto, si los egipcios pagan primero los salarios de 600 000 hombres a quienes obligaron a trabajar durante ese período».

Alejandro exigió respuesta por parte de los tres demandantes en tres días, si no querían éstos ser castigados por presentar reclamos falsos. No se volvió a oír nada más sobre dichas demandas.<sup>4</sup> El aprecio de Alejandro por los judíos aumentaba día tras día y les concedió la parte más hermosa de la ciudad, a orillas del río, para que formaran ahí su barrio, otorgándoles, además, pleno derecho de ciudadanía. La comunidad judía creció notablemente en riqueza y número. Un año más tarde, en la batalla de Arbela —una ciudad de Caldea—, Alejandro aniquiló por completo al imperio persa. Tras más guerras y conquistas, murió repentinamente a la edad de treinta y tres años. Su muerte fue causada tanto por los excesos en sus festejos como por las muchas pre-

---

4. Se dan diferentes fechas para este evento. En Sanhedrín 91 se indica el 24 de Nisán, y en Taanit el 25 de Siván.

ocupaciones y el agotamiento físico. Algunos de sus generales disputaron el trono; Alejandro quedó sin sepultura durante algún tiempo y, finalmente, no se le concedió un entierro real. La monarquía macedonia fue dividida entre cuatro de sus generales –Midrash Rabbah Génesis 33; Levítico 27; y Tanjuma Emor, etcétera.

## DEMONIOS

Los espíritus de los demonios fueron creados en la víspera del sexto día, pero antes de que sus cuerpos se acabaran de formar, se instauró el *sabbat*, proclamándose así el descanso, y la formación de éstos no se completó –Génesis Rabbah 7.

Después de que Caín matara a Abel, Adán se separó de su esposa durante un período de 130 años, durante el cual generó demonios masculinos y Eva demonios femeninos –Génesis Rabbah 20.

Eva, como «madre de todos los seres vivientes», era también madre de los demonios –Génesis Rabbah 20.

Cuatro cosas cambiaron del estado original de éstos en los tiempos de Enós, hijo de Set: las montañas se volvieron tan duras como pederual, los cuerpos humanos empezaron a descomponerse al morir (lo cual no ocurría antes), el hombre comenzó a parecerse al simio y los demonios comenzaron a tener poder o dominio sobre el ser humano (cosa que no ocurría antes), mientras la imagen de Dios en el hombre no había sido deteriorada –Génesis Rabbah 23.

Desde Adán hasta Enós el hombre poseía la imagen de Dios, luego el hombre formó la imagen de los demonios –Génesis Rabbah 24.

Noé llevó demonios al arca y así preservó su especie –Génesis Rabbah 31.

Un demonio llamado Shamdón acompañó a Noé a plantar la viña y pactó con él no interferir en su trabajo, o lo dañaría –Génesis Rabbah 36.

Los demonios también son conocidos como «los peludos», como los describe el profeta (Is 13) –Génesis Rabbah 65.

Las espadas flamígeras y giratorias fueron colocadas a la entrada del Jardín del Edén por los demonios. La palabra להט significa tanto «magia demoníaca» como «llamas». Y, cuando se nos dice que los magos del faraón imitaron los milagros de Moisés, בלטיהם significa que lo hicieron mediante la intervención de los demonios –Éxodo Rabbah 9.

Como los magos del faraón realizaban sus imitaciones de los milagros de Moisés gracias a los demonios, no fueron capaces de reproducir la tercera plaga, ya que los demonios no pueden crear nada más pequeño que un grano de cebada –Éxodo Rabbah 10.

Cuando el gallo anuncia el amanecer, el poder de los demonios disminuye, ya que su fuerza le ve limitada principalmente a la noche –Levítico Rabbah 5.

Los hombres religiosos pueden obtener poder sobre los demonios y someterlos de varias maneras, como hizo el rey Salomón antes de su caída, cuando fue seducido por mujeres extranjeras. Después de su caída, aunque parcialmente restaurado a su grandeza anterior, perdió su poder sobre los demonios y les empezó a temer; de ahí su necesidad de que sesenta hombres valientes rodearan su lecho (Cnt 3, 7) –Números Rabbah 1.

El salmo 91 fue compuesto por Moisés como talismán o protección contra los demonios que temía al ascender al monte Sinaí, por miedo a que pusieran obstáculos en su camino. Agrás, hija de Majlás, es el nombre de una diabla que comanda a numerosas asistentes, y hay un gran demonio cuyo nombre es Katév (קטב), en hebreo «flecha». El salmista alude a esto cuando dice: «La flecha que vuela de día» (Sal 91). Este terrible demonio tiene poder especial entre las primeras seis y las nueve últimas horas del día. Su poder es mayor cuando no hay ni plena luz ni plena sombra, sino en el estado intermedio entre ambas. Su fisonomía se describe así: cabeza similar a la de un becerro, con un solo cuerno que surge de su frente en forma de jarra. Nadie, ni hombre ni animal, sobrevive al verlo: cae muerto de inmediato. Se sabe de casos de personas que han muerto en el acto. Sólo uno, Judá hijo de Samuel, resistió nada más verlo, pero murió poco después. Hay una